

#01

LA IMPORTANCIA DE APRENDER LENGUA Y LITERATURA

Cuando el señor Bilbo Bolsón de Bolsón Cerrado anunció que muy pronto celebraría su cumpleaños centesimodecimoprimeros con una fiesta de especial magnificencia, hubo muchos comentarios y excitación en Hobbiton.



as palabras que leemos arriba constituyen un pasaje famoso de *El Señor de los Anillos*, la célebre obra de J. R. R. Tolkien. En concreto, son algo así como el célebre «érase una vez» con el que comienzan los cuentos, esto es, el elemento desencadenante de la historia. Una historia, por lo demás, bien conocida. El viejo Bilbo se dispone a celebrar su cumpleaños y, para el día señalado, prepara una sorpresa con la que pretende dejar pasmados a sus paisanos de Hobbiton: desaparecerá delante de sus ojos. Y lo hará, sin que ellos sepan cómo, con la ayuda de cierto anillo mágico arrebatado al inquietante Gollum muchos años atrás, en los tiempos en los que Bilbo todavía era un hobbit joven que se aventuraba a recorrer mundo y a alternar con elfos, magos y enanos, cosa rara en los seres de su especie. Todo lo que ocurre después es de sobra

conocido. Aquí nos basta con recordar que Bolsón Cerrado, la casa de Bilbo, está en Hobbiton, que Hobbiton está en La Comarca y que La Comarca es una de las regiones más pacíficas y fértiles que se sitúan al noroeste de la Tierra Media, un lugar mítico que existió primero en la imaginación de Tolkien y, después, en la de los lectores de su obra. Mas no menospreciemos las cosas que existen solo en la imaginación: si lo pensamos bien, es bastante probable caer en la cuenta de que millones de personas en todo el mundo quizá tengan una idea más aproximada, nítida e intensa de lo que pasa en Mordor, Gondor o Rohan que de lo que pasa en la ciudad en la que vivimos nosotros. Y, como vamos a ver ahora mismo, nada tiene de raro que así sea.

LA DOBLE VIDA DE LOS SERES HUMANOS

Los seres humanos, en tanto los animales simbólicos que somos, poseedores de la habilidad de moldear nuestra experiencia a través del lenguaje, tenemos la capacidad de experimentar una existencia que no tiene por qué estar obligatoriamente limitada por la necesidad. Dicho de otra manera: nuestra vida no es necesariamente una sola. A grandes rasgos, vamos a distinguir aquí entre dos tipos de vida que toda persona tiene la capacidad de experimentar, si bien conviene hacer una primera puntualización: poseer la capacidad de hacer una cosa no quiere decir que automáticamente se tengan desarrolladas las habilidades o las destrezas que se requieren para llevarla a cabo. Cualquier persona, por ejemplo, tiene la capacidad de leer una obra como *El Señor de los Anillos* y de disfrutarla o de detestarla, pero, por múltiples razones (genéticas, en parte, pero

sobre todo sociales, culturales o económicas) no todas han tenido la oportunidad de desarrollar un aprendizaje lector idéntico, que será en última instancia lo que les permita profundizar en diversa medida en un texto como ese. Por definición, un proceso de capacitación es complejo. Yo tengo, pongamos por caso, la capacidad para correr más rápido de lo que corro, básicamente porque tengo la capacidad de mejorar mi velocidad si la entreno lo suficiente, pero ello no me otorga la genética de Usain Bolt, ni tampoco mi manera de ganarme el pan –baste decir que esta consiste en pasarme muchas horas sentado escribiendo textos como este– o los hábitos sociales y personales que he adquirido para mi desempeño profesional me han llevado a desarrollar las habilidades de un velocista olímpico precisamente. Es importante, pues, que subrayemos que las capacidades humanas, siempre tan diversas y heterogéneas, son algo que tenemos la posibilidad de ensanchar, sobre todo, si se nos brinda un entorno adecuado para ello. Importa decirlo así porque la escuela que vamos a defender en esta asignatura no es sino ese tiempo de la vida en el que a la infancia le proporcionamos ese entorno. De modo que, retomando lo ya enunciado, vamos a detallar en qué consiste cada uno de esos tipos de vida a los que nos referimos, y que llamaremos *vida limitada por la necesidad* y *vida no limitada por la necesidad* respectivamente.

Por *vida limitada por la necesidad* entendemos el transcurso corriente de las cosas. Los seres humanos hemos de procurarnos una serie de necesidades básicas, como puedan ser la alimentación, la vivienda o el vestido. Gran parte de los recursos y la energía vitales de que disponemos los concentramos en cubrir dichas necesidades. Nuestras posibilidades, a este respecto, son cambiantes y

–afortunadamente– transformables, pero no infinitas: nacemos en una familia con un estatus sociocultural y económico concreto, en una cultura determinada que nos dota de elementos de juicio definidos socialmente y en un grupo social organizado políticamente de un modo específico. Por ello, no es lo mismo criarse en un hogar donde abundan los libros que en uno donde escasean; no es igual tener la posibilidad de comprarlos que no tenerla; no es irrelevante que nuestra existencia transcurra en una cultura donde la oralidad tiene peso que en otra cuyo centro de la vida pública y administrativa es la escritura; ni tampoco contamos con las mismas posibilidades de realización dentro de una democracia que padeciendo bajo los azares de una dictadura. Podemos luchar, claro está, por mejorar y transformar la vida que nos ha tocado en suerte, pero ese proceso ya es en sí mismo un continuo lidiar por ampliar los límites que, de partida, nos vienen impuestos, con lo que, en todo caso, el propio hecho de intentar superarlos ya supone un reconocimiento de su existencia. El tiempo de la *vida limitada por la necesidad* es, en definitiva, el tiempo vacío de lo rutinario, por más que en lo rutinario transcurran muchas de las cosas importantes para nuestra subsistencia. Quienes leen esto ahora probablemente dentro de dos o tres días no se acordarán de la ropa que llevan puesta justo en este momento, pero eso no quiere decir que procurarse vestido no sea importante. Muy al contrario, esa, como tantas otras, es una tarea que hacemos porque es necesaria para nuestro bienestar más elemental. Valga este último ejemplo para entender de qué hablamos cuando hablamos de *vida limitada por la necesidad*: la mayoría de las personas que están cursando esta asignatura, si es que no todas, hacen un grado universitario porque buscan dotarse

de un medio de vida y prepararse para una profesión con la que sustentarse en el futuro, es decir, porque saben que es *necesario* que buena parte de su presente transcurra estudiando y acudiendo a clase, ya que eso –valga la redundancia– les ayudará a cubrir sus *necesidades* básicas en tiempos venideros.

Por *vida no limitada por la necesidad* vamos a entender aquella que no transcurre sujeta, sin más, al esfuerzo sostenido y permanente por cubrir nuestras necesidades básicas. Podríamos decir, sin miedo, que nos referimos a la vida buena, esto es, a un modo de existencia no limitado ni confinado a esos límites que nos vienen impuestos por lo que necesitamos hacer de manera ineludible. La *vida no limitada por la necesidad* es aquella que se prolonga más allá de la mera lucha cotidiana por la subsistencia, aquella que nos permite realizarnos y alcanzar metas que nos dotan de un propósito, de un fin que rebase los automatismos acostumbrados. Los seres humanos tenemos proyectos, sueños y aspiraciones que exceden con mucho los umbrales de la pura supervivencia. Y la literatura, entre otras cosas, es una buena herramienta para ampliar esas fronteras dentro de las cuales nos repliega la *vida limitada por la necesidad*. Es, por ejemplo, de todo punto imposible que nadie que esté leyendo esto haya sido un niño del siglo XVIII y que, como tal, se haya embarcado en un barco pirata, pero no por ello podemos dejar de experimentar de una forma peculiar esa experiencia cada vez que leemos *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson. El tiempo de la *vida no limitada por la necesidad* se percibe como especialmente intenso, toda vez que es un tiempo pleno, significativo para la conformación de lo que somos. Muchas personas que amamos la novela de Stevenson solemos recordarla como una ex-

perencia de lectura particularmente recordable y placentera, quizá porque sabemos que leer *La isla del tesoro* no es algo estrictamente necesario, sino algo que hacemos porque nos enriquece, nos nutre y nos lleva más allá de nuestra realidad inmediata (e incluso, diría, algo que nos ayuda a entender mejor lo que vemos en esta: he conocido a más de un John Silver a lo largo de mi vida, solo que sin pata de palo y con otros nombres). Retomemos el ejemplo al que antes aludíamos: es cierto que ustedes estudian un grado universitario, en buena medida, movidos por la necesidad, pero para cubrir esos objetivos no es estrictamente obligatorio que ese grado universitario sea un grado en Educación Infantil; si han elegido libremente estos estudios, ello se debe, sin duda, a que además de cubrir sus necesidades buscan organizar a través de ellos un proyecto de futuro, una forma de vivir y estar en el mundo que les resultará satisfactoria y que presienten que les va a llenar y que les ayudará a realizarse.

A este respecto podríamos recordar que Leo Lionni, uno de los autores de libros para niños más profundos y humanistas que hayan existido jamás, publicó en 1963 un hermoso álbum, *Frederick*, que cuenta la historia de un ratón poeta que se dedica a memorizar los colores y las sensaciones del verano mientras sus hermanos trabajan haciendo acopio de alimentos y recursos para afrontar, cuando llegue, la dureza del invierno. Aunque Frederick está siempre bajo sospecha por tan peculiar labor, él insiste en que también trabaja. Y así se revelará cuando, una vez los recursos básicos empiecen a escasear durante la estación fría, Frederick aporte consuelo y bienestar a sus hermanos, haciéndoles rememorar los recuerdos agradables del verano que, él también, había estado

acumulando en su memoria como los demás habían estado almacenando leña y comida en la ratonera. De este modo, Lionni vuelve del revés el motivo clásico de la fábula de la cigarra y la hormiga, cuya moraleja es que todo aquello que no se hace al dictado de la vida práctica, de la *vida limitada por la necesidad*, es una imprudente pérdida de tiempo.

Por suerte, Lionni se daba cuenta de que los seres humanos somos mucho más complejos de lo que pretende hacernos ver una moraleja así. Gracias al lenguaje, podemos imaginar y construir mundos más allá de la realidad que nos asigna la vida limitada por la necesidad. De hecho, el primer libro para niños que publicó Leo Lionni, *Pequeño Azul y Pequeño Amarillo*, lleva aparejado un origen bastante iluminador al respecto. El autor concibió la historia improvisándola, mientras trataba de entretener a sus nietos durante un viaje en tren. Fue entonces cuando se inventó un cuento hecho con pedacitos de papel de colores recortados de las páginas de publicidad de *Life*, una de las revistas más populares de la época, para la que había hecho algún trabajo como diseñador gráfico. Era 1959 y este episodio sucedía en Estados Unidos, donde a la sazón vivía y trabajaba Lionni, neerlandés de nacimiento. La sociedad norteamericana de entonces era todo menos fácil: las leyes raciales todavía estaban vigentes en muchos estados, al tiempo que los estadounidenses se encontraban en la víspera de los movimientos de lucha por los derechos civiles que tendrían lugar en la década de los sesenta; *Ben-Hur*, la película ya clásica dirigida por William Wyler, ganaría once Oscars de la Academia de Hollywood ese mismo año, en parte gracias a las dimensiones colosales del espectáculo que

Documento 1
Leo Lionni y el origen
de un clásico infantil

ofrecía para llevar a la gente de vuelta a las salas de cine, en un momento de competencia motivada por la implantación masiva de la televisión, símbolo por excelencia de los hogares de una próspera clase media; y Billy Wilder, a su vez, estrenaba *Con faldas y a lo loco*, esa película en la que Jack Lemmon acaba huyendo de la mafia vestido de mujer y prometiéndose con un hombre. Si, por una parte, el racismo campaba a sus anchas en la sociedad norteamericana, rebosante de una clase media a cuyos privilegios muchos no podían acceder debido al color de su piel, por otra, se evidenciaba que algo estaba cambiando: las identidades, nos muestra, la película de Billy Wilder, no son estables en un mundo en el que, cada vez con más frecuencia, nada es lo que parece, y donde, «bueno, nadie es perfecto», como se afirma en su célebre final. *Pequeño Azul y Pequeño Amarillo* no es sino otra toma de conciencia más de este estado de cosas desde el ámbito de la producción de libros para niños. Y también toda una lección de creatividad. Hoy lo seguimos leyendo y continuamos añadiéndole nuevos significados. Sucede así porque, como todos los buenos libros, este ha surgido de ese lugar de la imaginación humana que, lejos de limitar la vida, la amplifica ensanchando nuestra experiencia.

Las ficciones son mentiras consentidas que nos muestran una verdad profunda. Inventamos aquello que no existe en nuestra realidad inmediata, paradójicamente, para entender mejor nuestra realidad inmediata. Por eso Mario Vargas Llosa publicó en su día una colección de ensayos sobre literatura que tituló con tino *La verdad de las mentiras*. Así lo explica él:

Los hombres no viven solo de verdades; también les hacen falta mentiras: las que inventan libremente, no las que les imponen; las

que se presentan como lo que son, no las contrabandeadas con el ropaje de la historia. La ficción enriquece su existencia, la completa, y, transitoriamente, los compensa de esa trágica condición que es la nuestra: la de desear y soñar siempre lo que no podemos alcanzar.

Cuando produce libremente su vida alternativa, sin constricción de las limitaciones del propio creador, la literatura extiende la vida humana, añadiéndole aquella dimensión que alimenta nuestra vida recóndita: aquella palpable y fugaz pero precisa que sólo vivimos de mentira.¹

Nadie que disfrute de la lectura de novelas, en verdad, siente que su vida sea más pobre por ello. Muy al contrario, el acceso a los mundos imaginados lo solemos percibir como un privilegio que amplía nuestra mirada y que contribuye a enriquecernos y a abrirnos la mente gracias a esa «extensión de la vida humana», como la define Vargas Llosa, que acaba propiciando. Podríamos decir que el acceso a la alfabetización es un derecho universal de toda persona, pero que el acceso a una buena educación literaria supone, además, una dignificación de ese derecho ya de por sí digno, la extensión de un privilegio que nos gustaría dejase de ser tal por estar al alcance de todo el mundo. Los adultos nos contamos historias constantemente, de manera consciente o inconsciente. Abrazamos una ideología determinada porque nos persuade el relato que lleva aparejado. Asimismo, reforzamos nuestro sentido de pertenencia a una familia, a un grupo de amigos o a una comunidad concreta perpetuando mitos, historias, narrativas que se transmiten de boca en boca y de generación en generación a lo largo del tiempo. Inventamos la literatura para hacer de la vida algo más rico y pleno,

¹ Mario Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, Madrid, Alfaguara, 2002, p. 29.

así como para poder especular con cómo son los otros. Es bueno darnos cuenta de esto. Es bueno, para llevar una vida más consciente, saber convivir con las ficciones que siempre están ahí, rodeándonos. A menudo, sin embargo, sucede que lo que nos parece deseable para los adultos, no nos lo parece tanto para los niños.

¿QUÉ PASA CON LA FANTASÍA?

Podría decirse que la pedagogía moderna tiene uno de sus hitos más destacados, si es que no su punto de arranque, en *Emilio o De la educación*, tratado pedagógico publicado en 1762 por el filósofo suizo Jean-Jacques Rousseau. A pesar de haber sido él mismo un lector tan precoz como voraz, Rousseau desaconseja la literatura y los libros durante la infancia. Ello se debe a la confianza que deposita en la idea de que los niños aprenden de manera natural, por lo que la experiencia de prestado que proporcionan los libros le acaba pareciendo empobrecedora y artificial en comparación con lo que ofrece el trato directo con los objetos del mundo real. De hecho, el único libro que recomienda –y, este sí, con pasión y convencimiento– es *Robinson Crusoe*, sin que nos cueste demasiado deducir por qué: la novela de Daniel Defoe cuenta la historia de un naufrago que debe aprender a valerse por sí solo en una isla desierta, razón por la cual Rousseau la considera «el tratado de educación natural más logrado».²

Aunque entre ellos hay muchas desemejanzas, ya en el siglo xx, Maria Montessori abunda en esta misma línea. Montessori distingue entre imaginación y fantasía. Mientras la primera la concibe

² Jean-Jacques Rousseau, *Emilio o De la educación*, 3ª ed., Madrid, Alianza, 2011, p. 288.

anclada en el mundo real (es decir, como la capacidad que tienen los niños de reproducir en imágenes lo que conocen de primera mano), la segunda la destierra al terreno propio de la invención adulta (es decir, al de aquello que los adultos inventan sin reparar en que los niños no tienen experiencia previa de ello). Dado que el niño es crédulo, narrarle cuentos de hadas acaba por ser visto por Montessori como un abuso de confianza por parte del adulto. Dicho de otro modo: lo que opina Montessori es que, si a un niño le hablamos de ogros y de hadas, los ogros y las hadas comenzarán a existir instantáneamente en su mente, solo que lo harán de manera informe y desordenada. Todo lo que elabora el niño en su mente tiene que partir de la concreción del mundo real. Por eso, en la lógica de Montessori, si les contásemos a los pequeños la historia de la circunnavegación de la Tierra de Fernando de Magallanes como si fuera un cuento tradicional, estaríamos contribuyendo a que aprendan Historia; pero si les contásemos la historia del ogro *Shrek*, el libro de William Steig llevado al cine, favoreceríamos que piensen que se van a encontrar con extraños seres verdes, malolientes y de fisonomía grotescamente humanoide campando por el bosque a sus anchas.³ Así lo cree la gran pedagoga italiana por la sencilla razón de que la existencia histórica de Magallanes está acreditada,

³ La propuesta de enseñar Historia como si se tratase de una colección de cuentos de hadas la llevó a cabo Montessori en diferentes momentos de su vida, siendo un tema recurrente en un largo debate sobre la naturaleza de la fantasía, que se prolongaría desde la década de los primeros veinte a la de los últimos cuarenta del siglo XX. Quizá la aproximación más lograda y compendiosa de todo lo dicho por ella sea la conferencia «On Fantasy and Fairy Tales», dada en Londres en 1946, justo después del regreso de Montessori de la India, donde se había recluso durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. El texto de dicha conferencia está recogido en Maria Montessori, «On Fantasy and Fairy Tales», en *The Child, Society and the World*, Amsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company, 2016, pp. 41-48.

Documento 2
Montessori ante la
fantasía

esto es, se presenta anclada en la realidad y, en tanto tal, como algo susceptible de ser imaginado, mientras que la de los ogros y las hadas solo se explicaría como producto de la fantasía, es decir, para Montessori como intromisión adulta en la mente del niño y, por ende, como una invención ajena al mundo real e inmediato, concreto, que puede conocer por sí mismo. Para la gran pedagoga italiana, la fantasía no es una facultad propiamente infantil, como tiende a pensarse, sino una peligrosa proyección adulta sobre la mente absorbente del niño que puede provocarle trastornos y falta de disciplina interna en su desarrollo espiritual.

No obstante, sobre todo en el mundo anglosajón, incontables generaciones de niños se han criado escuchando cuentos de hadas. Y, en principio, no parece que por ello las hadas hayan acabado dando lugar a hordas de adultos profundamente trastornados. Se diría que Montessori o Rousseau erraban a la hora de determinar el estatuto ontológico de la fantasía: esta, en el sentido en que se emplea en las ficciones y los cuentos de hadas, no es una entidad que haya de entenderse forzosamente como algo opuesto a la realidad, sino como una realidad en sí misma que está en el mundo desde antes de que nazcamos, que pre-existe a nuestra vida, por lo que tendremos que aprender a lidiar con ella como aprendemos a quitarnos los zapatos o a vestirnos nosotros solos. Dicho de otro modo, la fantasía pertenece al ámbito de esa *vida no limitada por la necesidad* de la que hemos hablado en el punto anterior. Quizá por ello, y en una línea prácticamente opuesta a la defendida por Maria Montessori, C. S. Lewis, el autor de *Las crónicas de Narnia*, reivindicaba, en un conocido ensayo sobre las maneras de escribir

para niños, los cuentos de hadas precisamente como el género que, frente a la ficción realista, menos posibilidades tendría de defraudar las expectativas infantiles. Para nosotros, lo importante no es ahora dirimir si los cuentos de hadas son o no necesarios, ni si la fantasía conviene o no conviene a los niños. Partimos del hecho de que, aunque intentásemos ocultárselos, los niños vienen a un mundo en el que los cuentos de hadas y la fantasía ya existen, que son realidades que no podrán eludir, por lo que la pregunta que deberíamos hacernos quizá sea otra: ¿qué hábitos tendemos a perpetuar los adultos a la hora de destinarles ficciones a los niños?

Documento 3
C. S. Lewis habla
sobre los cuentos de
hadas

FICCIONES INSTRUMENTALES, FICCIONES RESPETUOSAS

Por *ficciones instrumentales* vamos a entender aquí aquellas que, aun ajustándose también a las necesidades de los niños, sirven como mero instrumento para el perfeccionamiento de las destrezas que nos demanda la *vida limitada por la necesidad*. Por *ficciones respetuosas*, por el contrario, entenderemos aquellas que, ajustándose a las necesidades de los niños, favorecen el cultivo de la *vida no limitada por la necesidad*. Como somos consciente de que todo esto es muy abstracto, trataremos de ilustrarlo con algunos ejemplos.

En 1995, un periodista y doctor en Psicología interesado por el papel de las emociones en nuestras vidas, de nombre Daniel Goleman, publicaba un libro de divulgación que se ha hecho mundialmente famoso: *Inteligencia emocional*. La obra no es tanto un estudio riguroso cuanto una colección de anécdotas y casos particulares que supuestamente demostraría, entre otras cosas no menos discutibles, que aquellas personas que son más competentes

desde el punto de vista de la inteligencia emocional tienden a tener más éxito en su vida personal y profesional que aquellas otras que son más competentes desde el punto de vista académico. Aunque, como decimos, no se trata de un libro de investigación, sino de un ensayo divulgativo, *Inteligencia emocional* ha tenido un impacto enorme en el ámbito empresarial y académico, además de en el social. Entre otras cosas, porque en una cultura obsesionada con las ideas de éxito y felicidad, como lo es la nuestra, el libro de Goleman ha contribuido a naturalizar la idea de que, para alcanzar dichas metas, tanto o más importante que el estudio es el desarrollo de las habilidades emocionales. No entramos ahora a analizar la idoneidad o no de este discurso, pero sí destacamos que la implantación de cierto imaginario sobre el éxito y la felicidad, que ha llevado a hacer depender estas dos cosas de la gestión emocional, ha conllevado, a su vez, una presión cada vez mayor para que el sistema educativo introduzca esta alocución sobre las emociones en el currículum escolar. Esta presión se percibe, sobre todo, por parte de las grandes corporaciones, que saben que la manipulación emocional de trabajadores y consumidores les resulta muy lucrativa. Sin darse cuenta de por dónde suenan las campanas que oyen, millones de personas han acabado persuadidas de que la escuela ignora la educación emocional, auténtico pilar del éxito y de la felicidad, al tiempo que pone demasiado énfasis en la aritmética o la lectoescritura, disciplinas que de pronto se relegan a un plano secundario. Desde nuestro punto de vista, esta visión no deja de recaer una y otra vez en un peligroso reduccionismo, pero lo peor quizá ni siquiera sea eso, sino el hecho de que millones de personas parezcan haber asumido como si fueran propios y beneficiosos para ellas

intereses que, en el fondo, tal vez les sean muy hostiles. Y como nadie quiere que sus hijos partan desde la escuela en desventaja competitiva con el resto, las familias también demandan cada vez más materiales pedagógicos que sirvan de instrumento para alcanzar esos propósitos centrados en el desarrollo emocional. Tal vez eso, más que la necesidad de paliar una supuesta carencia histórica, explique la enorme popularidad de que goza en la actualidad un álbum como *El monstruo de colores*, de Anna Llenas, así como la sobreproducción, en el ámbito de la edición de libros infantiles, de obras sobre las emociones. No estamos diciendo que producciones de este tipo tengan nada de malo, pero sí que vuelcan una serie de creencias e intereses, más propios del ámbito adulto, sobre las expectativas infantiles. La secuencia bien podría ser esta: nos hemos persuadido de que para ser feliz y triunfar en la vida es necesario saber gestionar las propias emociones; nos hemos persuadido, asimismo, de que la escuela no se ocupa de ellas y de que para paliar esa carencia necesitamos instrumentos y herramientas adecuadas. Así es como el mercado nos suministra, junto con otros materiales afines, *El monstruo de colores*, un libro hermoso, sin duda, pero en el que el didactismo se antepone al margen de libertad que estamos dispuestos a concederles a los niños a la hora de lidiar de manera autónoma con las narraciones. Cuando en la escuela no hay más libros que ese u otros similares, no estamos propiciando que los niños fantaseen, disfruten de las historias compartidas, creen, discrepen o simplemente se diviertan. Por encima de todo buscamos que aprendan o que, como si fueran autómatas a los que pudiéramos dar cuerda, en lugar de seres humanos complejos, adquieran esos valores que a los adultos nos parecen adecuados por encima

de cualesquiera otros. Hablamos, en este caso, de *ficciones instrumentales*.

Más a menudo convendría que recordásemos, a estas alturas, que la idea de que la escuela es una institución fría y cerebral, que ignora las emociones o directamente las desprecia, tiene bastante más de mito contemporáneo interesado que de realidad histórica. Antes aludíamos a *Frederick* y a *Pequeño Azul y Pequeño Amarillo*, de Leo Lionni, dos álbumes cuya materia prima son precisamente las emociones. Solo que en ambos se sugiere más de lo que se muestra o se dice explícitamente. Desde luego, ninguno de esos dos está compuesto a modo de tratado pedagógico para la infancia. Su misión, como la de toda buena literatura, no es otra que la de encandilar a sus lectores. En ellos, el fin no es el didactismo, es decir, no es el de servir de instrumento para que los niños aprendan algo necesario para la ideología dominante, sino el ocio, esto es, la habilitación de un margen respetuoso con su inteligencia y sensibilidad, de un espacio de ficción que les permita, a través de lecturas no tan marcadamente dirigidas, imaginar y construir múltiples significados por sí mismos. Los seres humanos no solo necesitamos directrices, sino también belleza, arte y creatividad. Otra cosa es que los niños requieran –como de hecho requieren– de nuestro acompañamiento, pues si no es por nuestra labor de mediación, libros como los de Leo Lionni tal vez nunca lleguen a cruzarse en el camino de muchos de ellos. Por eso, porque es algo más que una obra instrumental para que aprendan una serie de valores de época, siempre transitorios, más de sesenta años después de que fuera compuesto, seguimos leyendo y encontrando significados a *Pequeño Azul y Pequeño Amarillo*, algunos de los cuales no estaban ni

siquiera en el horizonte de expectativas del propio autor cuando lo publicó; por eso los adultos y los niños podemos encontrarnos con cosas diferentes en el mismo libro, pero todas ellas enriquecedoras; por eso –aunque no pueda afirmarlo categóricamente, no estoy nada seguro de que vaya a suceder lo mismo con *El monstruo de colores– Pequeño Azul y Pequeño Amarillo* no se agota nunca. El álbum de Leo Lionni tiene la capacidad de ensanchar la vida más allá de los límites que impone la necesidad. Cuando hablamos de libros como ese, hablamos, en suma, de *ficciones respetuosas*.

Nótese, sin embargo, que con la distinción entre *ficciones instrumentales* y *ficciones respetuosas* hemos evitado deliberadamente establecer una oposición demasiado simplista entre *ficciones respetuosas* y *ficciones irrespetuosas* (o *no respetuosas*). Nos parecería injusto, amén de demasiado fácil, sentenciar que las *ficciones instrumentales* constituyen una falta de respeto a la inteligencia infantil. Al igual que hemos hecho con las *ficciones respetuosas*, preferimos presentar las *instrumentales* como ficciones que buscan igualmente colmar las necesidades de la infancia. Lo que diferencia unas de otras, en todo caso, es el tipo de necesidad que se propone cubrir cada grupo: mientras que las *ficciones instrumentales* persiguen la adquisición de un aprendizaje necesario para la vida práctica, esto es, para lo que hemos llamado aquí *vida limitada por la necesidad*, las *ficciones respetuosas* no tienen un fin didáctico tan evidente ni son tan dirigistas, puesto que, dicho de otra manera, a lo que verdaderamente aspiran es al desarrollo de esas capacidades (la fantasía, la imaginación, la creatividad, el humor, etc.) que contribuyen a ir más allá de las restricciones que impone la necesidad, con lo que abren la puerta a la posibilidad de esa *vida no limitada*

por la necesidad que también hemos descrito antes. Nos corresponde a nosotros, los adultos, acompañar a los niños en este proceso y tomar las decisiones adecuadas en nuestro trabajo de mediación.

No significa eso, de todas formas, que no podamos hablar de un tercer grupo, que podríamos aunar sin ambajes bajo la etiqueta de *ficciones irrespetuosas* o *no respetuosas*. A muchos nos han educado diciéndonos que si nos portábamos mal vendría a llevarnos el Hombre del Saco o nos encerrarían en el Cuarto de las Ratas. Hemos de admitir que este tipo de ficciones intimidantes tienen una parte inequívocamente moral, pues su fin no es el de amedrentar a los niños de manera gratuita, sino el de servir de medio –en ese sentido, son también *instrumentales*– para que adquieran unas primeras nociones acerca de lo que está bien y lo que está mal. La tradición nos ofrece un amplio repositorio de este tipo de ficciones, del que cualquier familia puede disponer y servirse, con independencia de su capital cultural o de su perfil socio-económico. Pero nosotros somos estudiantes de un grado en Educación Infantil, lo que debería traducirse en capacidad por nuestra parte para explorar recursos más respetuosos y no exclusivamente instrumentales. Dicho de otro modo: el Hombre del Saco y las *ficciones irrespetuosas* ya estarán, o no, en casa de cada cual, pero no deberían tener mucho que hacer en la escuela; a su vez, las *ficciones instrumentales* estarán en la escuela lo queramos o no, y además no pasa nada por dejar que cumplan su cometido cuando así se les requiera; pero las *ficciones respetuosas* son, por desgracia, las únicas que pueden no estar ahí nunca si no nos molestamos en hacer una reflexión profunda sobre la relación entre los libros y la infancia. Si estas últimas las llevamos nosotros, les estaremos haciendo un favor a los

pequeños para que su vida sea más rica, plena y significativa desde el principio.

PARA AMPLIAR NUESTRO MUNDO

LEER MÁS SOBRE EL TEMA

- Lewis, C. S. (2017), «On Three Ways of Writing for Children», in *On Stories and Other Essays on Literature*. San Francisco: HaperOne, 2017, pp. 45-65.
- Montessori, Maria (2007). *The Absorbent Mind*. Amsterdam: Montessori-Pierson Publishing.
- _____ (2016). «On Fantasy and Fairy Tales», in *The Child, Society and the World*. Amsterdam: Montessori-Pierson Publishing, pp. 41-48.
- Vargas Llosa, Mario (2002). *La verdad de las mentiras*. Madrid: Alfaguara.

LIBROS INFANTILES QUE HEMOS UTILIZADO

- Lionni, Leo (2016). *Frederick*. Pontevedra: Kalandraka.
- _____ (2016). *Pequeño Azul y Pequeño Amarillo*. Sevilla: Kalandraka.
- Llenas, Anna (2012). *El monstruo de colores*. Barcelona: Flamboyant.

OTROS LIBROS QUE MERECE LA PENA CONSULTAR

- Goleman, Daniel (2010). *Inteligencia emocional*. 2ª ed. Barcelona: Kairós.
- Lionni, Leo (2021). *Entre mundos. Una autobiografía*. Pontevedra: Kalandraka.

PELÍCULAS QUE MERECE LA PENA VER

- Ben-Hur* (Metro-Goldwyn Mayer, William Wyler, 1959).

Con faldas y a lo loco (*Some Like it Hot*, Billy Wilder, United Artists, 1959).

